

MARÍA FRANCISCA RUANO

“¿Y LA FELICIDAD?”



ue de Alba
2-32

COLECCION TELAR DE YEPES

MARÍA FRANCISCA RUANO

Nacida en Madrid, su quehacer literario está lleno de constantes incursiones en diversos géneros que ha desarrollado con sobrada dignidad estética. Aventura de la palabra, su obra se desgana en numerosos cuentos, poemas, artículos literarios, siempre buceando en la expresión como forma de conocimiento, de su visión de la vida y de las cosas.

"El Urogallo", "Papeles de Son Armadns", "Poesía Hispánica" y "Alor Novísimo" han visto, en sus páginas, sus versos y sus cuentos con asiduidad, mostrando el don de esta escritora para fascinar con las palabras.

Maria Francisca Ruano colabora en la prensa y deja en sus artículos y columnas toda la poderosa observación que la realidad y la literatura asumen como cronistas de su peculiar mundo.

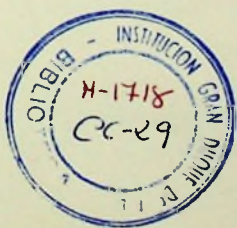
Pero es en el cuento, género tan complejo por su breve intensidad, donde nuestra autora refleja su poderosa capacidad para conocer y conocernos, y es, constantemente, donde su labor literaria desgana y urde un mundo personal y coherente, toda una galería de personajes y de grandes incógnitas. "Cuentos al azar", "Cuentos de amor y todo eso" y "Cuentos de Agosto" son algunas de sus entregas en este terreno. Allí la conoceréis y os dará noticia de su capacidad de sorprender. En el cuento todo se ha de decir con las justas palabras, con la expresión precisa, con la intencionalidad bien elaborada, porque lo esencial sólo ocupa el espacio que precisa para serlo.

Con esta nueva entrega que ahora ve la luz en la colección "Telar de Yepes", María Francisca Ruano se supera con creces, como debe ser siempre cada nuevo libro, como exige la literatura para ser válida sin interrupción, logrando la belleza y la luz de la palabra que cristaliza en este libro singular. Su andadura es fecunda y rica, y no se detiene en cada horizonte divisado: como ahora, siempre está más allá, más lejos, mucho más en el imposible camino que la literatura significa para quien atraviesa sus difíciles senderos infinitos.

MARIA PRÁCTICA RUANO

LA FELICIDAD

Institución Gran Duque de Alba



MARÍA FRANCISCA RUANO

¿Y LA FELICIDAD?

CONSEJO DE REDACCIÓN:

Carmelo Luis López (Director)

Tomás Sobrino

Jacinto Herrero Esteban

José M.^a Muñoz Quirós

Luis Garcinuño González (Secretario)

I.S.B.N.: 84-86930-53-7

Depósito Legal: AV-141-1992

Imprime: Diario de Avila, S.A. - Ctra. de Valladolid, Km. 0,800. 05004 Avila

PRÓLOGO

He de hacer el prólogo del libro que tienes en tus manos, y confieso que la obligación que sugiere el imperativo ha sido aceptada como halago. Y hago esta confesión de mi debilidad a modo de descargo, porque soy consciente de que mi prólogo no podrá aportar, como suele ser habitual en estos casos, ningún valor personal o literario al libro ni, por otra parte, soy siquiera un experto en cuentos literarios.

Planteada así la cuestión sería pretencioso que tratara de ensalzar los méritos de la autora, su vocación, sus frutos, sus éxitos descubiertos o por descubrir o los racionalmente previsibles. Y lo sería, igualmente que enjuiciara la originalidad de estos cuentos, que tal vez no sean tales.

Por ello he de limitarme a transmitir mi experiencia al lector que haya tenido la fortuna, tal vez por ese encadenamiento de las cosas triviales, de topar con estos cuentos.

Porque es posible que el lector, inducido por la sugerencia del título, haya creído que podrá entretener su tiempo con narraciones breves, amables o intranscendentes y llenar con ella espacios vacíos, sin comprometerse con la lectura argumental de una novela. Trato de avisarle de su posible error.

Seguramente tardará más tiempo del que la aparente extensión del texto le había hecho suponer. Caerá, insensiblemente en la tentación, en la necesidad, de releer, de cesar en la lectura y dejar vagar sus propios pensamientos para identificar o identificarse, porque la sinceridad, la sinceridad del texto, nos identifica, (sólo los fingimientos nos hacen plurales).

Tardará en leer lo que se propuso más de lo que previó. Y aún más, en leer la totalidad, porque advertirá que no puede y que no debe, leer todos los cuentos de seguido, sería tanto como dilapidar esperanzas.

Paradójicamente los cuentos, si es que así hemos de llamarles, no narran más que un fugaz instante, despejado, de la vida de los personajes. Las circunstancias, los antecedentes, son sólo el imprescindible decorado que condiciona y conduce al momento estelar y lúcido, que, como es natural, no tiene moraleja ni pretensiones, porque la moraleja es siempre una invención creada para el cuento, cuando no es el cuento la invención de la moraleja. Y estos cuentos no son ninguna invención.

El lector participará de esos fugaces momentos conducido con una profunda y perfecta espontaneidad, que es en esta difícil conjugación de antagonismos donde reside el mérito de la autora. Y que tal vez no sea mérito adquirido, sino la innata facultad de pensar con el corazón.

Sólo sentiría que, al final, el lector estimara que mi advertencia no estaba justificada. Lo sentiría por el lector.

Fernando Povedano de Bustos

Para Luis



Institución Gran Duque de Alba

El cuento es una narración fingida en todo o en parte, creada por un autor, que se puede leer en breve tiempo y cuyos elementos contribuyen a causar un solo efecto.

TANTO O MÁS VELOZ QUE EL VIENTO

Resulta inconcebible que pueda estar lloviendo así, Peter. Lo dijo una mujer hermosa, inglesa y pelirroja al llegar a su casa, cerca de Ascot.

Enseguida se limpió la cara mojada de agua del vendaval de finales de octubre y luego se acercó, sin las botas, a la chimenea en donde aquel hombre no la escucha en absoluto. Después le dijo que venía de buscar una buena película del vídeo de la señora Parker. Ya sabes, querido, que es una mujer que se las ve todas antes y además es tan extraordinariamente simpática y se brinda a contarte la que has elegido y aunque esté ocupada con otros clientes, si son menos conocidos, y hoy, verás, qué te parece, he traído El misterio de la aguja, bueno, ya me dirás que... Por cierto, suspiró la mujer madura, y arrebujándose en la falda escocesa, fijó la mirada en un punto indefinido —tal vez en los prados verdes de sus vecinos— y se dispuso a decir todavía algo más.

Que la señora Parker, que es más joven que yo, que nosotros, por supuesto, también ha tenido la amabilidad de ponerme al día en sus vacaciones. Este verano, recuerdas, Peter, estuvo en la costa oeste francesa, en el Sur, y que desde allí pasó —pasaron, dijo— a España y Portugal. Estaba tan atractiva con su pelito corto, los ojos color uva, y esa boca tan bien pintada, jugosa, puesta en esa sonrisa tan generosa. Reconocerás lo bonita que resulta sin ninguna duda. Pues no te puedes imaginar el veraneo que se han dado, ella y él y los niños y los perros y no sé si algún familiar. Se me olvidó, ese es el caso, la borrasca que tenemos encima, Peter. Se me olvidó este crujido que

tiene el viento cuando atiza los últimos árboles en pie y el terreno embarrado y el choque que hay en las contraventanas. Parece mentira que con sus palabras escondiera esta antipática realidad: con las playas portuguesas, el Atlántico azul, las costas españolas, las montañas fronterizas, los hombres del Sur.

Ah, Peter. Cómo me divertí: aquí fue donde ella cambió su forma de describir. Cuando pasó a hablar de las gentes, en particular, de alguien, más concretamente. ¿Verdad que siempre la hemos considerado nada más que una tendera... —esperó un poco, por si se arrepentía de esta definición— sí, querido, una... tendera. Tan correcta, tan útil dándote las monedas, recogiendo los peniques con una avidez tan bien controlada, matizando sutilmente si los niños se habían llevado algo sin pagar... en fin: pues hoy se puso a hablar de... ¿cómo dijo?, insinuó un gesto de sorpresa, dijo algo así como que a la orilla de las arenas de Montpellier habían conocido... a... a un poeta. ¿Qué te parece, querido?. ¡Un poeta!. Un verdadero poeta, debe ser. Como Baudelaire... como... no sé, en fin, algo así. Y que les había invitado a París en primavera y que desde que le conocieron fue todo mucho más maravilloso y que para ella, que siempre, dijo, había vivido limpiando la casa de Sunninghill, o rasando el plumero por las películas, o la viceversa, ella, que, y lo volvía a repetir con mucho agrado, siempre había contado con la seguridad económica como primer punto para poder pasar a un segundo punto, lo hubiera o no lo hubiera, pues el asunto del poeta iba a traer cola.

Que no sé a qué se quería referir, verdaderamente. Llegaron dos tipos y le preguntaron si estaba contando una película y la señora Parker sonrió sin molestarse lo más mínimo. No, por Dios, son sólo mis últimas vacaciones, señores, y luego, antes de atenderles, continuó, impasible. El amor, es cierto, lo dijo él —el poeta— pero yo ahora bien que lo sé, lo juro, se va tanto o más veloz que el viento y no hay nada que hacer, inútil intentar atraparlo, inútil no permitir que se vaya, inútil negarse a verlo como es, pálido, difuso, fugitivo. Creo, —había dicho también la señora Parker— que fue hasta ahí lo que tuve que oír para comprender... para comprender... y luego dejó de sonreír y se metió otra vez tras el mostrador y extendió la mano para recoger mis monedas y allí la dejé, Peter, creo que ya estaba bien, nos contó una cantidad de cosas tremendas, es muy entretenida, no creas, aunque esta última parte me temo que es... es demasiado lírica y yo... ¿cuál es tu opinión al respecto?, le preguntó, volviendo decididamente su cara enrojecida hacia él.

—Que tiene un amante. ¿Prepararás ahora más té?

Ella le miró con verdadero horror, pero nada más que por la parte segunda de su comentario. Dios mío, Peter era tan drásticamente práctico. Ella le había desmenuzado la historia y él quería mojar el cake en la tacita recalentada con una prisa que le incomodaba.

Encima añadió Con una nube de leche, y se dirigió a la cocina, azotada por ese temporal húmedo que lograba que temblaran los cristales de las ventanas.

Cuando hervía el agua ella se perdía en divagaciones de todo tipo, como si, en poco más que unos largos instantes, varias cosas hubieran cambiado de clase y de lugar, de calidad y de sitio, de concepto y de utilidad, de circunstancia y de estado. Y, francamente, mientras se estremecía su lindo pecho, encontró sugerente la idea de averiguar por su cuenta la otra forma de cualquier imagen.



Institución Gran Duque de Alba

EL HOMBRE INADECUADO

Dudo que sea necesario decir mi nombre.

Sé que él no lo ha dicho. Ni en su autobiografía, donde despacha sus acontecimientos familiares con seis líneas en donde han de caber cinco hijos y sus dos esposas. Por lo menos dijo de la otra que había nacido en Creta.

Le vi por primera vez en Jerusalem y la segunda fue cuando volvió de Roma. Ya era famoso por las historias que contaba y escribía con sus labios sobre todo. Su túnica a veces era dorada pero no brillante y sé que se fijó en mí —aunque fuese en mi cuerpo— con esa intuición que durante nuestro inacabable aprendizaje a tantas adaptaciones ajenas hemos desarrollado las personas de sexo femenino. Después fue fácil porque no me educaron para ninguna otra cosa: me casaría con Flavio Josefo.

En las primeras noches de esponsales se dedicaba a narrarme su atribulado viaje a la capital romana con el consiguiente descabro marítimo en el Adriático, en las aguas furiosas donde el barco se hundió, y el salvamento por una nave providencial de Cirene. Después cómo conoció a Popea, la mujer del César. Ella le hizo más que muchos favores.

Después de esas noches, lindas, floridas, con el aroma del azahar de los jardines judíos, entre naranjos y moras que teñían nuestros labios tantas veces ensartados, él comenzó a interesarse muy en serio por muchas, demasiadas guerras. Que si había que salvar a los judíos, que si estos odiaban a los romanos, viajes a Tiberia, Galilea, atentados, conspiración, complots, conjuras, fracasos y algunos éxitos.

Yo le di tres hijos en tres noches sin luna y con varios problemas aguar-dándole en la salita de al lado. Me levantaba la túnica y esas tres túnicas, sólo, conocen cómo nacen los hijos de los hombres públicos y de sus ansiosas y so-litarias esposas.

Sobre todo, cuando el emperador Vespasiano le tomó bajo su protec-ción y le dio la ciudadanía romana y cualquier rumor absurdo contra su per-sona se diluía como una piedra en el Jordán: entonces yo desaparecí por com-pleto de su complicada vida y mis senos, aún llenos, permanecían suavemente pacientes bajo la seda de las hermosas sábanas que jamás él destapaba. Cierta que al final comenzó enviándome gruesos ramos de magnolias y que, en el lu-minoso invernadero de nuestro patio interior, mandó plantar con delicadeza begonias y petunias, pelargonios y alegrías.

O que ordenó que regasen, algo inhabitual y probablemente inútil, los frondosos arbustos de hortensias, que, bien plantados, pueden durar con na-turalidad unos treinta o cuarenta años. O un sauce llorón. Por no hablar de lo que vigilaba él mismo cualquiera de los variados tipos de hiedra.

Pero, ¿y mis preguntas?. ¿Y esa mal nacida hora de despertar, hembra tibia y habitación helada, poniendo en el suelo los dos muslos anchos y pre-parados para que él y sólo él cabalgase como el brioso corcel que llegó a ser?.

O ¿y esas noches de luna, inflado y plateado espejuelo orlado de capri-chosas y volanderas nubes que acudía a mis balcones para más que otra cosa contemplar la presencia de su ausencia, los abrazos sin entregar, la lengua vacía...?

¿Quién me contaba como él sus bien ganadas victorias, sus derrotas po-líticas, el azar de sus contingencias, los personajes que entraban y salían por su vida bajo la atenta mirada de Tito y del dichoso Vespasiano?.

El no volvió más después del último atardecer que sí que me había deseado.

Fue bajo las campanillas de una enredadera, todas color violeta, como la pintura mate de mis ojos avellana. Irguió con dos dedos nada más mi aún tersa barbilla y me advirtió, sin una sola palabra, que habría de labrarme una nueva vida sin él, y que nunca conocería otro honor que el de haber sido toda, toda suya. Como la tierra sembrada, como el horizonte que adornaba mi ven-tana, las joyas, el perfume, y, desde luego, mi innegable melancolía. De modo que después de haberle dado esos tres hijos, entre otras cosas, se fue con su

guardia sin conocer la situación exacta de lo que abandonaba: mi sencilla pasión por la ortografía, la colección de monedas de oro, un palomar con alondras, o, quizá, todavía, que a veces solía venir a casa alguna noble romana para ver el raso que sin saber cómo, cosía.

La próxima vez que sus ojos y los míos se crucen o se enfrenten será, ya, únicamente por alguna hermosa avenida y la ropa que acierte yo a llevar ese día encima será como una leve lápida de circunstancias que oculte un paraje desierto, el error consumado, lo que queda cuando una mujer comprende que también ha perdido al hombre inadecuado.



Institución Gran Duque de Alba

ALGO MÁS SOBRE LOS HOMBRES VULGARES

Diez años antes de tener esa edad en que hay que marcharse, llegaron tres ordenadores al Banco.

Santos de Iciar salió, aquella mañana mediado un Noviembre, a tomar el café mucho más largo que los días corrientes y se caló de lluvia los calcetines y los zapatos, ambos muy grises, y la fina pelusa color metal que no permitió brillar por completo su pequeña cabeza siempre color blanco, nunca color marrón. Qué horror, esos aparatos con esa indiscreta e hipocondriaca pantalla acumuladora de tantos y tan precisos como fatídicos datos. Y se puso frente a la espuma de la cerveza —la que vino después del café, del descafeinado y el vermut— y entre los primeros huesos de olivas recién recogidas a dar una vueltecita por su vida.

Comenzó analizando las continuas negativas de Remedios a acostarse con él, sus piernas, que dejaba enfundadas en sábanas de tergal inarrugable, la humedad del cuarto de baño, la lentitud del ascensor, la barba mal arreglada del portero, los gastos de los hijos. ¿Qué más daba?. Si, por lo menos, hubiera tenido acceso a los tobillos aún finos de ella, los que ella arrima al borde de la cama con los ojos cerrados, para que él se marche sin tentarlos. Si, nada más, tuviese piedad de sus dedos calientes, temblorosos en pleno invierno. Si cada mujer se hiciese idea por un momento de las escasísimas pretensiones que llega a tener un hombre al cabo del día.

Y, aquel, precisamente, al volver a sentarse en la mesa de fórmica en

que los talones, las calculadoras, la grapadora y el teléfono forman pareja con su vieja máquina y hojas de papeles diversos, decidió lo del negocio. Es decir, que únicamente le salvaría de su salvaje personaje absolutamente incomprensible, aquel negocio.

Fue, pues, diez años atrás. La capital de provincia no se desperazaría jamás, pero para eso están Madrid, Londres o Barcelona. Arrendó un bajo junto a una plaza rodeada de setos y hasta rosales casi siempre hurtados y avasallados y la gente dijo, con una notable indiferencia, que un empleado del Central había abierto una tienda de espejos.

Una tarde de invierno, mientras se secaban los charcos y todo el mundo salía a la calle para demostrar que la melancolía de los últimos días llenos de lluvia y viento y frío no les había aniquilado completamente, él encendió por vez primera el neón amarillo de su pequeño comercio y se puso en una silla detrás de un mostrador pequeño, y, por supuesto, otra vez volvió a pensar en Remedios.

Si, durante la siesta, al menos, le hubiera permitido meter la mano por su jersey de angora. Un instante tan sólo.

—Eres el primer cliente, Valentín. Un buen amigo, un buen compañero, caramba. ¿Quieres pasar por aquí?. ¿Te apetece quitarte el sombrero?. No me importa que fumes. Oye, y, verdaderamente, tú qué es lo que buscabas...?

Aquel amigo le siguió por un pasillo estrecho y llegaron a una habitación vacía, acorchada y muy limpia. En la que, por supuesto, no había ni un espejo.

Quizá fue lo que pensó que se había adelantado a la inauguración o, probablemente, que Santos de Iciar era mucho más tonto de lo que parecía.

—Hombre. Iciar, majo, me has dicho el domingo en el Casino que podría venir a ver un espejo soberbio, especial, el mejor. Pues... —optó por relajarse y sacar un par de pitillos de una tabaquera muy cursi— aquí me tienes y precisamente a eso, a que me enseñes.. el.. el especial.

—Pues venga. Toma esta butaquita roja. Siéntate. Ponte cómodo. Yo me voy y te dejo sólo. Ale. Venga: así, sentadito... y ahora piensa. Piensa, decía Santos muy serio, dejando estar una de sus manos en el hombro del otro, piensa en ti, en tí, pero realmente en ti, no en cómo te ves en cualquier espejo en tu casa, o en los hoteles, o en las tiendas. Mírate, ahora que puedes, y procura ver lo que eres. Oye: eso sí que no te lo enseña más que este espejo...

—Peroooooo... —levantando la cara para ver si había entendido mal— oye, que es para el cuarto de baño. María Rita dice...

—Esto es otra cosa, Valentín. ¿A que tú sabes que en los cristales vemos sólo lo que queremos ver? ¿A que sólo podemos mirar lo que valemos y lo que sabemos y lo que tenemos...? Pues mira: aquí te dejo esta habitación durante una hora, y te pones a mirarte ni más ni menos que como estás, por dentro y por fuera, por la mañana y por... Dios mío, Valentín, ¿tú te das cuenta de que acabaremos por morirnos sin tener ni puñetera idea de quién es este señor que lleva mi nombre? ¿Tú crees que seremos quien creemos y el que ven los demás?. Anda. Tengo una tarifa bajísima...

—Pero es que yo... venía a...

Poco después se fue. Santos le acompañó a la puerta y poco más o menos así se marchó el mes. Cuando llegó el principio, tímido pero majestuoso, de otra primavera, el director de su entidad financiera pensó que haciéndole usar los nuevos ordenadores, a los que él se negaría, podrían jubilarle con antelación y después hablar muy seriamente con aquella tal Remedios Fuerza, que al parecer había comenzado con un asunto de depresiones.

Así fue cómo sucedió todo, el resto, lo demás, las cosas.

El tuvo que abandonar precipitadamente el Banco y se dedicó a su negocio y Remedios ya nunca le permitió más que un ósculo de buenas noches. Por prescripción facultativa.

También compró dos camas gemelas. En la suya, él veía llegar los amaneceres y miraba ocultarse lo que quedaba de sus días austeros, las manos vacías y los pantalones del pijama hasta planchados. Además, como todo el mundo, ellos dos también habían, vaya si habían envejecido.

A primero de un mes de Enero de inusual frío llegó alguien a la tienda envuelto en un aparatoso abrigo de piel en color miel.

Miel o melocotón, pero a Santos le pareció que lo que llegaba era un poco de sol. Cuando se echó hacia atrás una capucha, que todavía salpicaba algo de nieve, dejó caer una melena lisa, muy lisa, donde probablemente jamás nadie hizo con las puntas de los dedos ni siquiera un rizo. La mujer dijo, previamente a aquella sonrisa tan suya, que siempre estuvo a favor de los hombres vulgares.

EL VIAJE

Tomaron el autobús en Borba.

El camino fue de color verde, dorado, azul, marrón y ocre.

Había plantaciones de alcornos y racimos de olivos, borregos y pastores y policías de tráfico a caballo. El cielo permanecía todavía aclarado por los tonos luminosos de aquí abajo y cuando dejaron atrás las canteras de mármol y las máquinas ya paradas dijo el conductor Pararemos junto al puente de Estremoz.

Y es verdad, se detuvieron al lado del arco quizá gótico que hace sentir otras tantas piedras hermosas y finas, quizá el orgullo de los habitantes, mezclado muy sabiamente con su piadosa indiferencia. La puerta automática se abrió y bajaron aquel hombre viejo pero que andaba con soltura y una chica que cubría su cara con una cabellera brillante también por los últimos rayos de aquella tarde, pintada de sol.

Después el vehículo desapareció y comenzaron a andar por la Rúa Cordon hasta que él dijo, limpiándose la boca, que podrían tomar un café.

—Ah, un cafelito caliente, dijo la muchacha, sonriendo feliz por tan poca cosa. Atravesaron entonces la plaza del mercado, llena de charcos fabricados por las últimas lluvias de Noviembre y dejaron a un lado el Ayuntamiento, la Misericordia, el puesto de cerámica popular, los tenderetes de frutas todavía con gente y los bancos de hierro blanco en donde algunas estudiantes comenzaban, como cada día, a sentarse en grupo para seguir investigando en su ilimitada curiosidad sobre los chicos.

El viejo miró a su hija y le preguntó si quería que le llevase el bolso. A ella le divirtió. Cómo, si usted tiene más cansancio que yo. Si a usted el viaje le deja baldado una semana. Sí.... bueno, pues vayamos al café. Como todos los años.

La puerta giratoria se rindió al empujar y primero entró él, con el sombrero en la mano. La muchacha dijo hola al portero porque es probable que le recordara de la última vez. Como así fue.

En la pared había un escudo y luego muchas mesas de mármol blanco en donde, llenas, tipos desconocidos y señoras de mundo levantaban las tacitas y algunas copas casi vacías de cognac. Ella pidió unos cuantos pasteles y aquel camarero con bigote con el que siempre se enfrentaban cuando aparecían por allí, volvió —esa era la aventura que escondía lo mejor del viaje— volvió a preguntarle a aquel anciano qué hacía para tener una esposa tan bonita.

Ya está, lo pensó, lo dijo.

El rubor se le subió a la barba y aunque tuvo la precaución de no afeitarse desde ayer, supo que hasta se le habían enrojecido los zapatos. Que no eran precisamente de diario.

Después, la tarde desaparecería en cuanto iban buscando con las puntas de los dedos las miguitas por la mesa y al clavar la cucharilla en la lengua. O cuando daban luz las farolas de fuera. Entonces el viejo sabía que en aquel café sí podían imaginar que aquella muchacha era la suya y le era absolutamente suficiente para fabricar ensoñaciones y aspirar la lejanía de su juventud como un patrimonio que le devolvía un instante esta ciudad amurallada.

Al salir le ocurría lo mismo: él preguntaba, y has comprobado las medias, y los medicamentos de los niños, y la faja para tu marido, y las cartas para los domingos. Sólo restaba acercarse al arco de la entrada y observar los faros que alumbraban el inicio de la noche, aguardar, sujetarse el abrigo como si el frío fuera a desnudarles el alma y relamerse un poco.

Algo de lo que había sucedido estaba aún allí, posado tibiamente como una suave mariposa y penetraría con ellos dos en el antiguo autobús, que acababa de llegar. El viejo reconoció a todos los usuarios, lo contrario de lo que sucedió en el bar, y se sentaron procurando no arrugarse, después de echar fuera el suspiro hondo y confiado que les devolvería a Borba.

PLAYA DE PEDREÑA

No cabe duda que volvería a nevar.

Aún queda mucho trabajo para echar al invierno y estos atardeceres que se alargan no significan gran cosa, y es bueno saberlo. Por eso los periódicos locales y nacionales no cesan de anunciar viviendas pequeñas con huertos y palmeras o lugares en las costas en donde invertir los ahorros y, sobre todo, comenzar a soñar con el próximo verano.

Es curioso: muchos de nosotros hemos pasado de aburrirnos en veraneos inacabables y obligatorios a preguntarnos más o menos seriamente si este año tendríamos un trabajo estable o ganas o dinero suficiente para escaparse un par de semanas. Y eso que soy un tipo con suerte: no hay como heredar una pequeña empresa y dedicarle a ella lo mejor de las fuerzas.

Siempre íbamos a Pedreña.

Creo que tenemos una noción exacta y noble de lo que era y es emprender unas verdaderas vacaciones, que no pretendemos seguir una moda sino perpetuar una costumbre de buena educación. No pertenecemos a una clase cualquiera, desconocimos Benidorm, no pagamos a plazos, ni hablábamos nunca de comer marisco. Lo haríamos a diario. Incluso después de comer solos quedarnos con hambre y unas horas más tarde, pedimos el té.

Cuando abrían la casa de la playa las criadas iban por delante y llegaban dos o tres días antes con los baúles y luego el chofer nos llevaba y enseguida iban llegando los primos, los primos hermanos y los otros y por la noche se veían luces en las ventanas y durante toda la jornada nuestro paisaje era el

mar, la arena, las olas, el sol, la sal. Niños y niñas increíblemente rubios, casi siempre bien peinados, con las muchachas criticando a nuestros padres en la orilla y, esas grandes cestas con la comida, las tortillas enormes, las peras de agua, los tenedores de acero inoxidable y los fiambres.

A veces y si se nublaba pasábamos la tarde en el jardín, inventando ba-tallas que librar con los plumeros y los gordísimos arbustos de hortensias, con-tando chistes al jardinero y hablando de chicas sucias y alegres que nos ini-ciaran en la vida alegre y cuanto más sucia, mejor.

Nuestras hermanas y primas hacían sus funciones aparte: corrían menos y reían más tímidamente y acababan sentándose antes y nos miraban. Espe-rando. Comenzaban a aprender a esperar demasiadas cosas.

A mitad de Agosto ninguno de nosotros podríamos soportarlo más. Esos amaneceres nadando, los mediodías con los huevos duros rebozados en are-na, las tardes por un pueblo de pescadores que evidentemente nos ignoraban, romerías, oír la radio, gustar a alguna vecina. Además, parecía que duraba de-masiado tener doce, trece y catorce años.

¿Sería de verdad una tarea inacabable? Nos perseguiría siempre una cha-cha mal vestida y nos darían órdenes cualquiera, y cuánto tiempo seguiríamos sin oler la cerveza. Por Dios, todo eso, ¿fue realmente cierto?. Tanto como los balones en el agua y los chaparrones de primeros de Septiembre, las ma-reas de luna llena y las conversaciones nostálgicas de nuestras madres en cuan-to se daban cuenta que habíamos crecido y había muchas cosas que hacer en Madrid.

De modo que veo en esta incipiente primavera que viene, tiñéndose de sombra o sol, no sólo el escenario donde nos enseñaron a veranear sino que desde luego, debió ser allí, un año u otro, en un verano o en el siguiente, como todos nosotros, los siete hermanos, los once primos, nos fuimos convirtiendo en unos hijos de puta. Los que somos ahora.

Me cago en diez. Allí. Sí, frente a las arenosas playas donde con una in-diferente constancia bajábamos a las once, entre los muslos de pollo tan bien cocidos por la cocinera, jugando a la brisca, pescando cabrachos en la barca, viendo plantar las semillas de caléndulas, o con los ojos puestos en magníficos atardeceres tormentosos, los que se van llevando el cogollo del buen tiempo, los que te enseñan a decirle adiós.

Porque en algún sitio habrá debido ser.

Y en el colegio no había tiempo ni ganas, todo iba deprisa y lo que éramos en el invierno lo desarrollábamos de verdad en Pedreña, apelmazados unos contra otros, mezclando vivencias propias con las ajenas, escondidos en nuestros personajes pero escogiendo pieza por pieza en nuestro carácter los instrumentos que íbamos a utilizar así nos soltasen de una vez para siempre.

Decidiendo sin embriagarnos del todo qué nos interesaría más, qué dejaríamos por inservible, a quiénes apoyaríamos, y renunciando a esto para elegir lo otro. Y metiendo los dedos en la hiedra que tanto costaba levantar por el empuje de los vientos fue como todos nosotros a lo mejor nos despertamos quién sabe si al dinero, al amor, a la política, a la inversión, a la nada. Oh, por favor, allí debió ser donde se consolidó el espectáculo que ahora ofrecemos: por qué Rosaura es una amargada, Fidel un ambicioso, Lisa un ama de casa, Miguel un pintor... y, bueno, no hay por qué alarmarse, en algún sitio es donde uno inicia su destino.

O donde a uno se le prohíbe comenzar, que no sé qué es peor. Es curioso: recuerdo con una nitidez tal vez un poco dramática cómo mi prima Dulce coqueteaba con nosotros. Igual que ahora. Bueno, tal vez hagamos cosas peores que esas.

Y es que es terrible volver a ver ese corrillo jugando un día u otro y pasar el dedo índice por el teléfono de todos ellos, hoy, hoy mismo, esta misma noche, y saber sin equivocación lo que somos y los hacemos y recorrer con una mirada nuestro gesto. El gesto que en este momento, hoy, lunes, tenemos puesto, el cariz con que esta semana encararemos la vida, los sentimientos que nos poseen y la finalidad que estamos dando a nuestras energías, lo que hemos hecho y deshecho, lo que aguantaremos y lo que no hemos podido soportar. Aquellos despistados muchachos y muchachas que doraban su piel con cierta elegancia y que ignorándolo todo del después iniciaban individualmente su escala de valores...

Mañana o pasado volverá a llover o nevar. Y me alegro.

El verano ya es sólo para los niños. Para que aprendan a morir o a matar.

EL HILO DE PLATA

Me dan ganas de escribir y contárselo, piensa Blanca.

Esto sucede cada anochecer, al meterme en la cama, dentro del edredón color rosa que compré con él, pero imaginando al otro. Es blando y entro confiada en su tacto acrílico, un lujo que ocasionaron las rebajas del verano pasado.

Es decir, un siglo atrás.

Aunque pueda parecer una boutade, conseguí tener las sábanas a juego.

Sus flores verdes adornan mi habitación y el pequeño ruido que hace el hamster en su jaula arrulla el silencio e inventa un modo de conversación que no tiene lugar. Hoy también es viernes, como sucede demasiado a menudo. Me apetece coger un papel y empezar a contarle cómo fue que le fui amando, cómo me dejé invadir por un sentimiento, tal y como un país suele hacer con el invasor más prepotente, o, por lo menos, el verdaderamente próximo.

Pues ocurrió dentro y fuera del edredón: él, cuando volvía de California, venía aquí pero también tenía un cuarto piso en alguna parte y, además, que tomé el avión hacia allá. El otro, se marchó unos meses antes y me dejó prácticamente detenida en una acera del aeropuerto, con la mano levantada, con los labios entreabiertos para que saliese en algún momento la palabra adiós. Entonces él vino a pasar sus vacaciones y bajó mi brazo, cerró mi boca, me condujo bajo y fuera de este crujiente colchón y de dijo sólo hasta convencerme lo mucho que me quería. Mientras, el otro ni llamó ni puso unas letras. Dejó actuar al Atlántico, un gesto que no falla, que no puede fallar, y fui pa-

sando de unos brazos a otros intentando que me convencieran de lo que había para mí en ellos, no de lo que habían quitado. El es rubio, bajito, trabaja con la electricidad y tenía una manera simpática y práctica de echar este edredón, entonces recién estrenado, hacia atrás, y decir algo así como Voy a dormir acurrucadito bajo las sábanas de tu piel, pero el otro, en quien yo pensaba, torturándome, era mucho más sencillo, me amaba.

No es fácil decirlo, porque él estaba y el otro, no.

Pero, las palabras, ahí están, las pobres. Haciendo el idiota. Tenía una esposa y una profesión corta y muy intensa, a miles de kilómetros, y yo puede que fuera más que su circunstancia, mientras que para él es algo lógico cuando se vuelve a Los Angeles de vacaciones y todos los amigos están ya casi a punto de divorciarse. Me gustaría que no se quedara sin saber que me fui permitiendo penetrar mientras mi corazón latía fuerte allí, a cientos de esos kilómetros que nunca serán los suficientes. Y que su torso tierno y sus manos hábiles eran el hilo de plata que yo quise romper arrojándome en el cuello reducido y en las tibias promesas de él, que conozca que fue la principal razón que tuve para creer todo aquello sin tener algo fundamental, la fe, sin poseer más nada que la misión noble de cada fugitivo: escapar de una cárcel cuyos barrotes aniquilarán el vuelo, inventarse un camino libre y poder lograr omenter casi los mismos errores.

Oh, no quiero que se vaya este invierno sin que él sepa que cuando también me dejó, sólo abandonó el ansia de esperanzarme, mis rápidas lecciones para aprender sus mentiras, lo que me convinieron, la urgencia suya por decirlas, la mía por apuntalarlas de un día para otro.

O que sus abrazos me sorprendían en brazos de George.

Charly se lo tomará muy mal, a lo mejor estrujará la carta y se arrimará a un espejo y mirará el pecho y su rubio pelo, su cuenta llena de dólares, lo insólito de que un hombre consiga estar soltero a sus treinta y cinco años. Y, mi pequeño piso de Madrid, ni siquiera exterior, la suave e imposible indiferencia del hamster, las arrugas calientes de mis sábanas, contemplando la cara aún sin facciones del fin de semana, el color de sus ausencias distintas. Y distantes: por eso debería escribirle y decir, Charly, me convenía que me convencieras como hiciste, pero a cambio de alejar definitivamente a George.

Bajo la lengua de tus besos estaban los suyos y el ardor de sus dientes, blancos y decididos, no lo ha enfriado tu desaparición, únicamente ha puesto

las cosas en su lugar. Aunque, francamente, no hay un lugar para cada cosa, si acaso, un instante para ellas, que ridículamente pretendemos eternizar.

Entérate que te amé en su nombre, y que no dejaste más que un barco hundido. Claro que quizá tú mismo nunca hayas salido a la superficie y te lo tomes a cuento.

LOS ANALFABETOS

La tarde resulta lluviosa y continuo desorientada.

Hace un mes que vivo en otra ciudad y no hay ninguna cosa en su sitio, obviamente, pero las cajas de embalaje, las costumbres y el polvo, eso, me da igual. Me quería referir a que, de pronto, he comenzado a dudar de todo. En serio, si, no he dejado quietos ni afectos, recuerdos, libros, ideas y convicciones, personas, razones. ¡Razones!

No las encuentro a las pobres, es decir, ya no me parecen tan sólidas, tan importantes, válidas y dignas de una defensa honrada, —a veces hasta he llegado a pensar que moriré en un ataque de honestidad— y a las antiguas, de las que me declaraba acérrima defensora hace bien poco ahora me obligan a sonreír con una nueva tolerancia, como si dijésemos, valía la pena pero no tanta. Tonta.

¿Los afectos?. ¿A quiénes me refiere?. ¿A la gente que quería cuando vivía allí?. ¿A los que no pude querer porue no me quisieron mientras estuve ahí?. ¿A la familia o a la imagen de la familia?. ¿A mi marido?. ¿Al hombre que estaba allí o aquí?.

¿Seré capaz de amar a alguien de aquí?. ¿Me amarán aún quienes lo hacían allí?. ¿Alguna vez la familia podrá quererse sin hacer tantos esfuerzos inútiles?. O a mis amigas. ¿Cómo será nuestra amistad ahora?. Y luego está mi trabajo. ¿Será considerado un trabajo aquí?. Escribir libros, quiero decir. ¿Lo-graré escribir más libros también aquí?. Los tres que se publicaron allí qué existencia y qué peso tendrán en este lugar. ¿Los leerá alguien esos tres libros aho-

ra que me he ido allí y me he venido aquí?. Son mis libros o ya han dejado de serlo para estar como están en las librerías de allí, en las bibliotecas de allí, en las hemerotecas de allí. En casas particulares de allí. Y aquí, tendré fuerza para enfrentarme a otros lectores, otros editores, otros periódicos, otras librerías, otras bibliotecas.

Y otros analfabetos. Y, cuando digo esto y por primera vez, una emoción cálida y personal inunda mi cuerpo desde el cuello hacia abajo. Esta emoción se la debo solamente a los verdaderos analfabetos funcionales que he conocido y a mis cuarenta años.

Únicamente.

Porque ya ha pasado felizmente la edad en que nos habían enseñado a despreciarles o utilizarles o ignorarles. A referirnos a ellos como de unos seres inservibles y una mano de obra de bajo precio, en favor de las respetables profesiones liberales y gente con estudios, las que lograban adueñarse —aquí entre nosotros generalmente no con excesivos esfuerzos— de bancos, direcciones generales, ministerios y empresas privadas, adorados dioses mediante quienes los bienes terrenales se disfrutaban por derecho celestial con una sofisticada naturalidad.

De modo que después de centenares de artículos y varios libros publicados en una editorial seria, descubro con ternura el país real que habito, sea allí o aquí, los analfabetos, personas que no me leerán pero que han sabido darme a ratos la calidez y la categoría que necesitaba. O dicho al revés: probablemente ni el uno coma por ciento de mis verdaderos lectores —incluidos los lectores de allí, de aquí, familiares, conocidos y amigos— llegarán a saber aunque me lean diez veces —cosa altamente imposible y hasta desaconsejable— la soledad que me habita, las melancolías que me producen ciertos días, la alegría de la compañía, las bajadas del timbre de mi voz y la voz estrangulada por el aislamiento, el júbilo de sentirme un minuto, un minuto nada más comprendida, aceptada en sus vidas distintas pero no distantes, sus bellas sonrisas de dientes picados, los saludos que me hacían allí y que me harán aquí, esa mezclada compasión y admiración que saben tan correctamente untar en sus gestos cuando voy a comprar el pan.

Sus profesiones a la vista: un frutero sordo, la pescadería fresca, una mercería a mano, las perfumerías, el gasóleo, los carteros de los certificados, sus vecinos, o los míos, quienes probablemente encuentren un poco pretencioso

o bobo que una mujer tan joven y tan rubia se quede horas y horas en casa tecleando páginas que nunca van a conocer pero que esconden con elegancia sus pensamientos en comentarios absolutamente concretos, en frases tan vulgares como imprescindibles. ¿Cómo podríamos acercarnos un poco si no es hablando cien veces del tiempo y de lo lluviosa que puede llegar a ser una primavera? Se dicen tantas cosas en los pasillos y los ascensores, si supiésemos.

Mi vida no ha transcurrido en realidad nunca entre esas profesiones liberales que permiten a sus gentes poseer pisos y coches y joyas y cuadros, porque ellos, francamente, no tienen, tampoco, grandes ganas de mezclarse con los escritores y con las escritoras. Igualmente entre la familia ya que las familias como la mía están formadas con esos profesionales y tienen idéntica opinión. Y entre los hombres que frecuentamos fue de donde salió mi marido y mi marido, por su profesión y por su carácter, tampoco parece que se fie mucho de los escritores y de las escritoras, principalmente por lo cerca que lo tiene.

Mis lectores no suelen hablar de libros conmigo, me leen y pasan a otra cosa, como imagino que ocurrirá en todas partes. Suponiendo que lean el libro entero, quiero decir. Suponiendo que alguien sea ese lector alguna vez

O sea que el asunto es el siguiente: me levanto a las ocho y me ocupé de tener la casa a punto. Inmediatamente entonces empiezo a leer y a escribir, y cuando salgo a la calle suelo ser habitante de los parques, los mercados, el estanco, los multicentros, las panaderías, la carnicería, salas de conferencias, mítines, días de tal o cual, y los habitantes de esos lugares son, muchas, muchas, muchas veces los analfabetos —personas que no escribieron ni leyeron desde que salieron de la escuela— con los que intimo sin saber cuándo ni cómo, y ellos se van metiendo en mi piel y yo en su vida y nuestros horarios coinciden y nos mojamos si llueve y tomamos el sol en los jardines y sus jubilaciones me acaban pesando y las migrañas las consuelo y me cuentan sus historias y yo, luego, cuento esas historias y el tiempo va pasando sobre ellos como sobre mí y muchas noches, turbada por la soledad, únicamente poseo sus hondas sonrisas, sus palabras cortas pero calientes, el gesto que se les escapó al verme, miradas sobre mi ropa bien hecha, la leve caricia en mis mejillas frías, el sitio que dejaron para mí en la acera y en sus caminos, que imaginaran con generosidad bien diferentes al mío.



Institución Gran Duque de Alba

EL HORRENDO FRÍO DE LOS POBRES EN INVIERNO

El disgusto tan grande comenzó porque ellos dos sabían que dentro de diez años andarán igual.

Fue al mirar al crío y oírle llorar no como si fuese un espléndido final de mes, que eso no importaba, sino a lo bestia, la bestia del hambre, se entiende. Ese uno de Diciembre maldito, palidecido por la niebla pertinaz, jugando a irse como a volver, colgada de la uralita grasienta que parece cansada y que le deja entrar.

Las dos habitaciones en donde escriben una historia con pocas palabras: una televisión prestada, la cocina sin pagar, la cama demasiado usada, dos butacas sin acabarse de tapizar, y los juguetes, los del niño y los suyos, es decir, jerseys y pelotas, barra de labios y un osito que huele a pis. Y afuera, esa niebla.

Ella no ha cumplido los dieciocho años: pero ya ha perdido en alguna parte su suave dulzura y los ojos, aún lindos, barruntan algo horrible. El tiene a menudo las manos en los bolsillos como metidos en sus pechos, siempre calientes, generosos, y hartos.

—No, Raulito, hoy más no.

Y ni siquiera había atardecido. El mediodía no fue capaz de arrastrar la mansa niebla y la corteza de los árboles que se divisan lejos se enfría por momentos. Detrás de sus ventanas hay restos de un barro seco, pero humedecido y sucio, y las matas que la misericordia silvestre siembra en los aledaños de las grandes ciudades. Quizá haya tanta nube por lo cerca que pasa un río.

Ella tenía ese viernes quinientas pesetas. Únicamente quinientas: las ha-

bía ganado mintiéndole a su madre, pero el caso es que allí estaban, en su monedero pringoso, que guardaba entre las manos frías. El las quería: igual que quería sus pechos o la armonía perfecta de su cintura. Pero ella necesitaba leche y harina y no podía soportar el acercarse con el rabo entre las piernas hacia su suegra a quitarle su necesidad con la inmunidad que le decía su hijo, por eso las agarraba, a las quinientas pesetas.

Luego, por última vez, le dijo que alguien del Ayuntamiento iba a ofrecerle un trabajo. Alguna vez, no sabía cuándo, desde luego, pero un trabajo. El solo tenía veinte años y se quedó callado, como cuando le contaban de muy pequeño un bonito cuento y, en cierto modo, se lo agradeció: así es como se había ido criando, creciendo y aprendiendo.

Que hay que esperar tranquilo, sin desesperación, con paciencia, año tras año, a que alguien aparezca y le dé unas jornadas —un mes, tres, un año— de algún trabajo y bendecir ese trabajo, unas peonadas, una obra, la escoba de barrer, la manguera de unos jardines. Que lo importante, aún más que el empleo, es esta pacífica espera, la mansedumbre imprescindible, la energía para aguardar, el control del estómago, de los pies, la angustia sin desbocar, los malos momentos, es decir, cada día de cada día, el temple ajustado como un galón, justa la cincha, hermética la mueca, acostumbrada a la insatisfacción. ¿Por qué demonios él no lo hacía?

Y ella, que le conoció muy bien veinte meses atrás, entre unos maizales airosos y sin una sola flor cerca, sabía que más tarde o más temprano él vendría hasta su butacón y le quitaría el bolsito y le robaría ese dinero y se acercaría al bar y se pagaría dos anises y vermú. Así que humedeció los labios y dejó rodar la tristeza por el cuerpo abajo y se lo ofreció, duramente, como un mal menor. ¿Quiéres que acueste al crío y lo hagamos durante toda la tarde? ¿Sabes que con la píldora las reglas vienen muy escasamente?. Espera, que me desnudo y... y entonces él le arrebató el aliento y luego ese dinero y entonces la miró muy raro, como si quisiera explicarle en un instante lo que le había enseñado la vida, la niebla, la espera, los viernes, el crío, los ríos, su madre, los últimos garbanzos y sus vibrantes y hermosos pechos, duros, altos, y cálidos. Qué cálidos.

Fue la primera vez de todas las que iba a venir al día siguiente, tumbado por una joven ira cada vez más fatigada, aburrido de divertirse tan barato, bus-

cando nada más que el rastro de su cuerpo dormido, para limpiar las lágrimas que ella había dejado. Y el amanecer traía más niebla, esta vez helada, pegada como una babosa a las paredes delgadas, lisas, a los muros escuálidos que se construyen sobre una tierra mala. Y con ese amanecer y con la niebla esa comenzaron el otro día.



Institución Gran Duque de Alba

¿Y LA FELICIDAD?

Esta tarde, dijeron la tarde aquélla, iremos a casa de Regino.

A última hora, cuando ya las sensaciones personales han hecho su recorrido completo y se ha saciado el hambre de comida y han escapado los sentimientos que nos ocupan y lo que queda es que hay que hacer pis y vigilar la ropa y retocar el rimmel y recordar cómo es ese Regino y todos los que no sabemos que irán y que también estarán —ellos lo dicen— meando y oliéndose de refilón los sobacos entre blusas y jerseys y mirando por la ventana, porque no se ve nada, son los días después de Navidad, todo refulgente, tóxico, demasiado y seguramente saldremos todos de casa más o menos a la misma hora y los semáforos en rojo y los escalectrix abarrotados y todas oliendo a París o Rochas o alguna cosa así y ellos con los brazos preparados para los abrazos, y un poco de ardor por aquí y algo de tensión, alta o baja, y los pitillos y algunos ¡aún! porros y meter primera cien veces, los tubos de escape, el tráfico, ellas se cepillan el cabello y ellos piensan Irá Mariano o estará Renjifo y ellas Veremos a Alicia y los niños o A ver cuántas están peor que yo y avanzan los coches en la medida que todo es fugaz, costoso pero necesario. Y alguien puso a Mozart, su Divertimento, o la Serenata Nocturna y otros a Pavarotti y luego fue imposible no ver con absoluta indiferencia el color brillante de las bombillas y tocarse tímidamente el principio de la papada y hacer un encuadre matemático de la situación y rescatar lo importante y, después de aparcar, imaginar que cuarenta o cincuenta personas van a vernos, van a volver a vernos, después de tanto tiempo y que resbalarán sobre la piel

ojos que no tienen por qué conocer cuál es la historia de nuestros gestos de ahora, de por qué vamos a sonreírles así.

Precisamente así.

—¡Tú!. Precisamente tú. Y se abrazarán, tras un Sois los terceros y enseguida van a presentarnos, a presentarse, Amelia, Antonio, Juanito, Ya conoces, Luis María y se cruzan las manos y ellas ¿qué sienten? sonríen, es un hábito, esa sonrisa fabricada sin saber por qué, a los hombres, a los conocidos y a los desconocidos, que, en el fondo, es lo mismo.

Huele un tímido perfume, pero desaparece deprisa, envuelto en el humo de los apresurados cigarrillos con los que ellos inician una guerra pacífica, incluso sonriente. ¿Tú dónde estás ahora? y al que le toque responde, y luego hay risotadas bonitas, casi posibles, y siguen sonando los timbres y apenas hay tiempo para reposar esa mirada o retener el nombre, los hay con corbata, con jersey, con gafas, con los dientes blancos, con la boca tatuada de tabaco, ellas con los labios pintados en rojo y unas se levantan a saludar a otros y ellos a otros y los vasos se empiezan a llenar y a ver quién me toca al lado y ¿cuántos seremos? ¿trescientos? y nace así la sensación primera, Cuánto me gusta la soledad o Hemos estado demasiado encerrados y así inventamos nuestras vidas, narrándolas como si fuese en tercera persona, Yo estoy en Francfort ¿y sabes cómo es aquello? pues no existe, o sea, hay Opera, hay teatros, hay ci-
s, pero yo aún no sé si un compañero u otro está casado y Pilar no está con-
nta y luego viene otro diplomático —aunque no sepamos que lo sea— y
e dice Qué guapa eres y ella da un respingo, Caramba, este tipo no me mira como si fuese la lavadora, y te pasa el jamón y te presentan, Irene, física, y luego unos periodistas en el paro y después tu propio marido tiene una conversación interesante sobre caza —por ejemplo— y tú ves cómo te miran las piernas y de paso cómo tu propio marido descubre las de las demás y nosotros vamos hacia allí y ellos vienen hacia aquí y todos, todos y todas nos desemparejamos un poco, y así alguien nos lleva con su palabra a Luxemburgo, o a Segovia o Alicante, y esa carga de nuestra vida se aligera unos momentos y nuestros destinos implacables resultan paralizados y somos nada más que quienes ellos ven, oyen, escuchan, quizá desean, tal vez. No sé.

Es difícil saber cosas tan evidentes: tras los cuarenta años hay que mirar tanto las primeras arrugas como la última decepción, la soledad y encima, il faut sourire, porque la gente —ellos y ellas— esos trescientos que suman

treinta y dos en realidad, no soportarían hacer nada, pero NADA de lo que aguantaban antes. Hace cuatro lustros, quiero decir.

¿Quejarse? Es decir: ¿y tú quién te crees que eres?. Que estás jorobado en Exteriores o en Sanidad o en la enseñanza o con el divorcio o con el estómago. Pues CALLATE y come más jamón y riéte y entonces, si descubres que Laura ha empezado a envejecer —y si ella es tu esposa— recuerda lo amable que es cuanto tú te pones las zapatillas de cuadros el domingo desde las diez. Y coge más jamón.

Entonces aparecen los niños y resulta que los niños siempre forman parte de las vidas de los mayores, y sueñan sus voces eternamente egoístas y están con los niños los mayores, y sus voces cansadas de lo terriblemente larga que es la duración de los niños, y entonces miran de reojo a los que no los tienen, una extraña mirda, ¿cómo harán para sobrevivir ellos? y lo mismo a la viceversa y entonces llegan los que vivían en aquella casa en donde os conocisteis y es como si llegase el pasado, vestido con ropa actual y modales modernos, pero tú ya no puedes engañarte, ya sabes lo que han dado de sí las cosas, la historia, y miras al marido que te tocó —ya conoces que así es como funciona— y le ves y oyes reirse, por ejemplo, por un asunto deportivo o político y reconoces que él es eso, así, tal cual, y que todo lo demás fue tu propia invención. Y reelaboras otra vez esa asquerosa y repugnante y repetitiva pregunta ¿Podría vivir sin él? y luego miras a los demás, a las demás, y, de pronto, desceas a cualquiera, bueno, casi a cualquiera, con tal de que te saque de esa seguridad sin rival, de que no te vean como a las flores del sofá y tan sólo dura un ratito, porque esos malditos cuarenta y dos años son terriblemente racionales y razones ese repulsivo Sucedería lo mismo y ese es el escudo en el que todas-todos nos protegemos, Sucedería lo mismo y no te queda más que meter los dedos grasientos en la fuente de patatas fritas, que siempre vuelve a estar llena.

¿Será feliz Mariano? te da tiempo a preguntarte al volver del baño y ver que no se te ha metido ninguna almendra entre los dientes molares superiores y después no tienes más remedio que involucrarte en la conversación y hablar mal del Gobierno y luego aunque veas que el tipo que dijo que eres guapa te echa una ojeada estás sin saber cómo saludando a una estúpida a la que hay que dedicar una sonrisa aún mejor que las anteriores. Sigue horterar y supongo que será la primera en saberlo, hoy sobre todo.

Es decir, allí estaba casi claro que todos nos habíamos convertido en quien habíamos deseado ser: madres, padres, funcionarios, pintores, escritores y profesores y la perplejidad nos duraba en la cara y todavía nos delataba esa sorpresa y vimos en las caras de los demás con un inenarrable horror que les importaba un pito ese espectáculo por el que así supiesen! luchábamos con uñas y dientes diariamente, llorábamos y suplicábamos, mentíamos, fornicábamos, comprábamos y vendíamos, dormíamos y despertábamos, nos casamos y nos separamos y lo volveríamos a hacer, o sea, lo volvemos a hacer. Contemplamos con un vaso en la mano lo que direron de sí no tanto los ideales como los sueños, sobre todo en ellos, en los otros, porque es un espejo indeformable y porque en ellos estábamos nosotros y porque ni somos quienes creemos ni el que piensan, sino nadie, ninguno, los dos, o sea todos.

Y en ese camino paralelo que aparentamos tenía bastantes rosas dejamos no las cáscaras como los crustáceos sino sin duda elementos de primera, sentimientos auténticos, los deseos más deseados, la piel irrepetible, las lágrimas sin cuento, las cuentas más claras, la persona que, ciertamente, casi ninguno, casi ninguna, pudimos llegar a ser porque hubo que fabricar un personaje y vestirle y darle una imagen y enseñarle a sonreír y a fingir y a engañar y a robar en vez de mantener intactas esas ides con las que nos despertábamos años y años atrás. Cuantos barrancos entierran los ilimitados horizontes e tantos dieciocho años que nada más duran doce meses...

Alicia tiene ya patas de gallo, pero su vida parece hermosa y la ha construido ella, como un albañil, y Regino tiene esa risa fantástica encima, y la vitalidad y además es capaz de invitar a gente de todo tipo, unas treinta personas que parecen trescientas y va y viene y nos deja a todos mostrando y ocultando el secreto de nuestras vidas, nuestra última libertad, la clave del fracaso tal vez convertida en éxito, y nos presta un escenario para mostrarnos unos a otros, entre accitunas y un fiambre algo apatatado, de mostrarnos, digo, con nuestras muecas preferidas, con la agudeza preparada, intelectualmente ágiles, disfrazados de nosotros mismos después de haber consumido güiskis y conversaciones cultas, frases que no querían decir lo que dijeron, silencios que gritaban, síes que eran noes y nuestros queridos cuerpos, antiguos adolescentes maltratados por los cumpleaños, iniciándose en el colesterol.

Estos cuerpos a los que habíamos prometido demasiado —itanta ternura!— y que un rato después entraban en los abrigos con estudiada mansedum-

bre, rigurosos con esa sensatez que nos desnudaría nada más que en las largas noches de una cama vacía.

EL HOMBRE PACÍFICO

En cierta época de su vida Virginia conoció a un hombre pacífico y únicamente porque se cambió de casa.

Decidió que no se podía vivir sin calefacción y cuando encontró un piso que podía pagar con el dinero que ganaba dando clase de francés y los pequeños ahorros que había dejado su padre se metió en él y se paseaba por el pasillo con un camisón rosa y se sentía como una reina y se preguntaba qué más puedo desear y además estaba a punto de llegar la primavera y toda la lluvia imaginable ya había caído y era de sentido común que haría mejor tiempo y se imaginaba que era o Jean Rhys o alguna de sus protagonistas en cualquier rincón de Inglaterra, Viena o París, y se peinaba el pelo muy corto y se dejaba mirar por las ventanas y se asomaba a un patio vecinal con intención de comerse el mundo. Luego comía de verdad, cuando regresaba de sus trabajos y una de aquellas mañanas, aún gélidas pero despertadas por el brillo del sol en los adoquines casi nuevos reflejándose en los cristales más limpios, sonó el timbre y era aquel chico, con esa gabardina de todo el invierno, y esta sonrisa confiada y tranquila, y los ojos marrones deslumbrados, como si viéndola a ella descubriera al fin el sentido de aquel día.

—¿Tal vez quiera poner su nombre en el registro que hay en el portal? He pensado que quizá... no sé, como acaba de llegar. Mire, tome este destornillador, usted quita el nombre del anterior inquilino y ponga el suyo, porque lo que no hay que hacer es romperlo y...

Cosas de esas. Virginia puso varias veces el disco *Listening to the heart*.

y alguna vez muy alto, por si él vivía en el piso de arriba o en el de abajo y estuvo horas y horas paseando por el parque pensando en la diferencia que había entre esa cara y la cara por ejemplo de aquel amigo que tuvo, el que vendía los refrigeradores y el aire para el verano, con su voz ronca, abotargada por los cigarrillos y los ojos enrojecidos por el aguardiente y también en sus hermanos, cuando aparcaban los coches y luego entraban en su casa y empezaban a hacerle reproches como cuando eran realmente pequeños y era divertido y ahora no, ahora cuando se marchaban otra vez a sus casas ella respiraba y entendía poco de esos lazos de sangre, bueno, realmente sí que deben ser de sangre, porque resultan sangrientos: siempre soportando la cuerda floja de la última y la próxima pelea, siempre atentos a las señales de guerra, y, sin embargo, fingiendo que nunca ocurriría nada, es decir, que ocurriera lo que fuese, volverían a empezar de nuevo. Oh, qué horror. También hubo un tipo que comenzó siendo su médico y acabó confesándole que quería tener muchos hijos y que ella le aguardase en casa con las zapatillas y con una docilidad total. Era rubio, elegante, y poseía todas las cualidades necesarias para que la sociedad le diera su beneplácito. Antes que a ella, quiere decir.

Virginia tenía unas alumnas de francés con ordenador y fax en su cuarto y le parecían un poco tontas, muy afortunadas y algo despistadas. Cuando volvía a su casa con su calefacción comenzaba a hacer lo mismo: espiar por las ventanas, observar a las mujeres sacudiendo trapos grandes y pequeños, algunos perros que no tenían permitido entrar en las habitaciones, abrir y cerrar la nevera y pensar no sólo en Jean Rhys sino en Dorothy Parker, en Veza Cannetti, en Katherine Mansfield o Ann Porter. En las chicas que describían a las mujeres como ella, solitarias y apasionadas, torpes y generosas, feas y hermosas en el mismo día, accesibles y olvidadas. Entonces volvió a sonar otra vez el timbre. Iba en una bata de raso que no estaba ni nueva ni vieja, que le caía sobre el cuerpo divinamente.

—Gracias por el destornillador. Ha quedado muy bien. No me diga que usted es de... y luego le sonrió y le ofreció un pitillo convencido de que se lo rechazaría, agradecido por lo contrario y sin una palabra le dio fuego y luego hizo además de marcharse, subía arriba, y ella esperó hasta no verle, hasta que dejó de ver los pies, y cerró con suavidad la puerta y precisamente al día siguiente se cruzó en la calle, él iba en una moto pequeña, también con esa

gabardina, y tenía una diáfana mirada. Pensó que era un hombre que creía en algo muy interesante y que con ello tenía suficiente.

Y le dio envidia la fe: a ella le pasó ese tiempo de ideales y los recordó como a sus viejas fotografías de adolescencia, crueles por demasiado hermosas. Indignas ya de moverse con soltura por su vida.

Decidió que aquel hombre pacífico no viviría para trabajar, que tendría una mujer dulce y niños terriblemente queridos, y que sus objetivos serían pocos pero fuertes y que para moverse por la existencia con esos movimientos equilibrados y precisos le sobraría la mayor parte de esta basura hecha templo por esa legión de tipos que consideran que han triunfado.

Una tarde poco fresca se puso a contemplar tras los visillos los visillos ajenos, moviéndose en una dirección u otra. Las mujeres hacemos muchas cosas tras ellos, se decía, como si todavía la luz y el fulgor y la osadía de las calles nos cercenaran de pesadumbre y después tomó el periódico y lo sostuvo entre los dedos como si pesase como un mueble macizo. En la fotografía superior de la cubierta estaba la cara de aquel hombre, detenido por haber puesto una bomba en un lugar lleno de palestinos. La misma sonrisa en calma, idéntica mirada reposada, el cuello de aquella gabardina que casi había rozado, la forma de presentarse al mundo observando todas nuestras pasiones desde el inalcanzable castillo de una sola e indestructible y ardiente ilusión.

HERMOSA HUMBELINA

Ningún archivo guardaba su historia: por eso la inventé.

Todas las tiendas de los alrededores habían rebajado hasta su mal gusto y ya sólo había escaparates con faldas verdes y blusones azules, camisetas de chico y collares de perlas falseadas por manos expertas, de las que usan las falsas señoras, todo revuelto en una moqueta desteñida por los primeros rayos del sol furtivo. Por encima de esos comercios modernos que vendían lo light y que tenían abajo zonas y soportales en donde las chicas se picaban al caer la noche y las bragas y no encontrar más que nada, había un mirador de cuatro ventanales que oteaba un limitado horizonte: la iglesia, un mercado, la casa de un conde y una empinada cuesta por donde bajaría, pensé, acaso, una esperanza.

A veces, después del mediodía, si había niebla se depositaba en el rellano y si la lluvia amansaba la humedad teñía de vaho esos cristales donde Humbelina aguardara todo lo que jamás le ocurriría.

Hija de un señor medieval, por supuesto rubia y con una dote mediana, como su inteligencia sin cultivar, se retiraba de ese aire de primavera que duraba poco tiempo para que ninguna luz le robase de su carne fresca el color que le era preciso para que el joven que sin duda bajaba esa calle algunas veces reparase en ella.

Hermosa, Humbelina fue durante varios años, en los que las épocas cambiaban porque nevaba o se sudaba, llegaban viajeros y se iban parientes viejos a una tumba casi tan fría como sus existencias. Ella, ¿cómo no creería que la

tersura es un invento permanente?. ¿Por qué no su imagen reflejada en los mates vidrios sin pulir iría a acompañarla siempre?. ¿Cómo desaparecería ese corazón alocado que dormía y comía en las habitaciones infantiles en donde los libros de caballerías y los antiguos chismes sobrevivían noche tras noche en cuanto regresaba la mañana?. Luego, un fin de año, su propia madre le encontró bajo los ojos el alba de las primeras ojeras, que anunciaban la próxima llegada de esas arrugas que confunden a una dama con otra y las alejan sin querer de los dorados espejos. Más tarde, sus dos únicas hermanas lograron llegar al matrimonio y apurar sus ventajas, olisquear alguna ganancia y Humbelina, entonces, se quedó definitivamente en ese mirador que amanece con jilgueros y grajos en cuanto empieza el tiempo a mejorar. Una vez al mes se cambiaba el hábito y quizá, pero no es en absoluto seguro, releyó temblorosa una vieja poesía que tuvo la debilidad de garrrapatear en un trozo de madera escondida. Treinta, cuarenta años. Y allí seguía el mercado, el palacio del noble, esa iglesia a la que habían puesto unas rejas y las piedras empinadas en donde solían florecer unas minúsculas amapolas que pisaban los caballos con una indiferencia sin igual. Y el caballero aquel. ¿Cómo se llamaba?. Ah, sí, hubo que nombrarle Infante, porque dominaba su juventud y volvía de las guerras cada vez más y mejor sentado en esos animales casi siempre distintos. Infante iba delante de su capa y debió visitar algún pariente cercano porque durante un año casi entero descendía por esa calle en donde casi nunca se re-raba, cuando lo había, el amable y amarillo color del sol.

Cómo escuchaba la hermosa Humbelina los cascotes rebotando en su eco con fiadamente, y cuánto presentía que se le doraba el cabello cruzando la minúscula plaza, en donde a veces se juntaban en un ángulo caprichoso las sombras de todos sus edificios. Hasta imaginaría, por qué no, el olor de un hombre y de un caballo y de unas botas y una cincha y una espada y... y más tarde, o sea, enseguida, desaparecería.

Y Humbelina bajaba al comedor y cortaba el queso ese día con apetito y desmigaba el pan y sorbía la leche y después, anocheciendo, dormía. Aún con el cabello rizado y entero, ajeno a las modas inglesas y francesas, coloreado tan sólo por algún resquicio abierto, por los paseos a la ermita, por el tono que impone nuestra forma de vivir.

Y mientras sin duda en el mercado y en la ciudad murmuraban que ya no se casaba, ella, Humbelina, reiniciaba tarde tras tarde la maniobra única

que para ello conocía: subirse al sillón de plumas de pollo y rasgar con los ojos y los oídos la figura de aquel galán que hacía, con sus pasadas beves bajo el mirador dichoso, que tomase o no el requesón con la miel, y quizá algún muslo de perdiz, si ninguno de sus sobrinos lo quería. Esconder la cara entre los brazos de una cama siempre demasiado grande o confiar en que, al día siguiente, la calle tendría más amapolas que nunca, él se detuviese, y...

Pero sólo hasta que, en una buena hora, un coche engalanado hiciese sonar los cascabeles de las ocasiones especiales y ella, ella misma asomase osadamente casi la cara entera y parte de ese pecho que se ajó entre palpitaciones para contemplar a una novia de verdad, vestida de verdad de novia, que pisaba una alfombra carmesí y tomara en medio de un gentío hasta cierto punto bien vestido, el guante que había por fuera de esa mano cortés que le prestaba el caballero que ella siempre había llamado Infante.

Nada más que hasta ese momento en que músicas y cantes inundaban su alcoba que no cerraba bien cerrojo ninguno. En cuanto oyó que la boda estaba por terminar y que esposos y convite marchaban a algún palacio en alguna parte, abotonó el último engarce de aquel vestido y entornó la contraventana y dejó abandonado al mirador aquel, se olvidó que existía, se des acostumbró a él, y las lluvias y el viento y los copos de nieve como el fragor del sol de los veranos hicieron que se convirtiese en un cuarteado y ridículo reducto colgando de un edificio tan gris como los otros. Quizá hasta tanto como aquel convento en el que tal vez pensó Humbelina...

Antes de ayer han instalado allí mismo una tienda de medias, pantys de licra de todos los colores. Si ella supiese cuánta competencia hay hoy para tal cantidad de pierna larga y de seda.

Institución Gran Duque de Alba

EL PALACIO QUE TENÍA UN PUEBLO

Había una vez un pueblo que tenía un palacio dentro. Era un edificio con veintiséis habitaciones y veintiséis ventanas, con veintiséis arañas de cristal y veintiséis alfombras y veintiséis puertas que dejaban entrar a los salones, en donde las maderas y los tapices y los retratos de los antepasados impedían, a veces, llegar a creer que también servían para bailar. Las veintiséis cortinas de un raso pelado por una voraz polilla y una interminable indiferencia negaban un poco la luz del sol pero permitían, cayendo la noche, que la elegancia de las lunas y la carrera de las estrellas mezclasen los sentimientos y quien más quien menos deseara algo o alguien que nunca tendría.

Escaleras y balaustrada, jarrones, candelabros y esculturas, bargueños y estatuas, vajillas y el oro y la plata eran sólo parte de un paisaje que habrían rozado seres que jamás llegaron a comocer a los habitantes de aquel lugar. Sin embargo, la majestuosidad y la grandeza arruinaron durante más de doscientos años la vida personal de otras tantas muchachas del pueblo: cuentan y no acaban que ellas llevaban a sus novios siempre a ver Palacio y que les hacían prometerles una existencia paralela, una brillantez similar, la finura y el lujo y que entonces ellos se marchaban de allí y se casaban cerca de alguna costa o en Barcelona, donde la mano de obra es casi todo lo que pide un buen conformar. Huelga decir que durante dos siglos niños no hubo, sino mujeres y luego mujeronas de carreteras curvadas y mejillas puestas a secar involuntariamente, cinturas engordadas por los dulces de la castidad, mucho furor uterino mal resignado en los confesionarios de los domingos y en las fiestas y por Navidad, y días de mercado donde ellas mismas, con setenta y ochenta años, iban

a vender el ajuar que no pudieron utilizar y que parecía el de una reina.

Hasta que al acercarse un verano de este fin de siglo y derretirse del todo la nieve de sus cumbres y detenerse el sol más que un rato en el valle, entibiar sus fuentes y mover el reloj parado el resto del año, una empresa extranjera que conocía la leyenda se atrevió a hacer al Alcalde ciertas proposiciones.

Un hombre envejecido por los viejos problemas sacudió el polvo de los sillones antiguos y extendió entre los vasos de tinto unos mapas en colores que le enseñarían cómo iba a ser el pueblo quien tuviera un palacio y no continuar soportando que el palacio mantuviese al pueblo oprimido y hartó.

Las veintiséis escupideras se comenzaron a utilizar las primeras: allí, casi cada mujer, arrojó el resto de sus anhelos, sus estrujadas fantasías, el rumor que se perdía de sus pasos por la vida, mientras los huéspedes alemanes y los norteamericanos creían que eran una moda nueva para arrojar el chicle.

EL MARTES

Hace media vida que existió aquel viernes, dice Isabelita D., cada cierto tiempo.

Ah, qué bien, a veces hasta se le olvida. Ahora que tiene encima todo el invierno el abrigo negro con el que comulgan las viudas y se le han vuelto a secar las mejillas y ha desarrollado esa mirada fatigada, la que sobreviene después de haber visto demasiado. Hoy mismo, en que cuando salía a pasear con su hija se encontró con esa muchacha de falda corta que vive al lado, la que tiene los ojos claros y brillantes, la que sabe parecer feliz, hoy mismo la miró a ella con el cansancio infinito, pesados del peso de la puerta del ascensor. Y se dio cuenta al cerrarla, la he inundado de tristeza a la pobre chica, espero que se la sacuda enseguida, pero es que me ha pescado pensando en aquel viernes.

Hace tanto tiempo pero fue tan definitivo, añadió al levantar la cabeza.

Palma de Mallorca, una habitación a medio iluminar, las horas previas al amanecer, los niños durmiendo, aquel hombre, militar de poca graduación que llegó al alba y le llamó Teresa o Teresita, después de pasarle la mano por el cuello. Con lo que ella creía que él sabía que le gustaba.

Al día siguiente, entonces, era fiesta, y también el domingo y luego el lunes siguiente. Claro que no recuerda el por qué, sino el cómo: le dejaré el martes, se dijo entrando en una cama definitivamente fría Isabelita D., le dejaré el martes, en cuanto se acaben estas fiestas de Navidad, y me iré a la Penín-

sula con los hijos y les sacaré adelante y no le volverá a mirar a la cara y se acabará este infierno.

Ella tenía, como casi todo el mundo, veintisiete años.

El color rosado en las cara, la cintura dispuesta a cualquier cosa, las esperanzas abiertas como un abanico que nunca se cerraba. Con qué nitidez le resuenan esas gastadas palabras ahora, paseado sin ganas con los dolores auestas. como si cada vez que se movía hubiera que llevarles encima. Con qué honestidad se decidió por esto, qué claramente contempló que no tendría una vida ni medianamente hermosa junto a aquel hombre, qué fácil es ver la equivocación limpiamente, al desnudo, y qué insensatez no sospechar que faltaba demasiado para que el martes llegara.

Pasaron tres días tremendos, casi sin hablarse, sin reír, bajando a la costa o mandando los niños fuera, hablando sola o con alguna vecina y haciéndose dibujar por la vida ya las ojeras que levantan oleaje bajo sus ojos que habían sido tan confiados con el paisaje.

Fueron tres días firmes, sinceros, Isabelita los vivió comiendo apenas y planchándole el uniforme y tomando poco el aire y vomitando más de una vez y negándose a ninguna duda, desde luego, ni al más mínimo gusto por negociar alguna salida, o para escuchar las palabras arrepentidas o las promesas allidas, ni piedad por el orgullo que mancillaba o para los hijos, que cambian la vida, o para esa vanidad masculina que se sabía donde pudo comenzar, pero que era imposible poner un límite. Los niños nunca dejan de jugar, se decía Isabelita. Y para los hombres somos un juego que dura pero que se acaba y luego vuelve a empezar.

En las madrugadas aquellas, largas y llenas de gallos que anunciaban el retorno de las luces y sus sombras, Isabelita ve otra vez la fuerza de su rencor, la herida del alma, la imposibilidad de continuar... y luego, inmediatamente, la espera de un día que se llamará martes, que tuviese oficinas y tiendas abiertas, el tren sin aperturas, el Banco, algunos avisos que tendrá que dar, los últimos recados que pendían en la carnicería, tal vez en una tienda de ropa donde le estaban arreglando una falda granate. Ay, sí, la falda granate. También estaría el martes. Y así se encontró, frente a una ventana desde donde olía el mar, diciéndose en serio que iba a esperar. Pero en cuanto llegara el día, ella se iba a marchar.

Hoy, esta mañana, hace un ratito, todos le han visto pasear por la Avenida, con el abrigo muy negro y el cabello tan blanco y esa soledad definitiva que queda en el rostro de una señora viuda, cuando ya es imposible explicar lo que resta de sí misma al perder la persona a la que se complacía y sea tarde para encontrar otras razones.

Lleva dos alianzas y arrastra no sólo la vejez sino su propia vida en esos pasos cortos, densos, abarrotados de historias y heridas. Aún sorprendida desde hace media vida de cómo llegó el miércoles, y después el jueves, y muchas más cosas, y mucho más tiempo, y muchas noches como esas de más, y ella se quedó a su lado apresada por el destino, al que hay que llamar por sus muchos nombres. De por qué volvió a su existencia diaria como retomando el fracaso con un gesto de asco, como sorbiendo el jarabe, humildemente, preparada con él para todos los demás fracasos, mirando recelosamente al éxito, como si jamás pudiera estar preparada para ello. Sospechando que en los demás tenga que haber miradas de furtiva tristeza y que cada cual sorba aprisa lo que haya que tragar lo antes posible, para que al menos sepamos qué hacer con la melancolía.

Por cierto, se acordó de repente, la chica de la falda corta aparece delante, pero ella tampoco podrá librarse de su propio martes.



Institución Gran Duque de Alba

LA CIUDAD INDIGNA, EL HOMBRE HONORABLE Y SU FAMILIA

Cuando yo era muy joven una vez le dije a mi madre que quería irme de aquella ciudad porque me parecía indigna.

Ella no dejó de hacer pedacitos un filete de ternera blanca y sin abandonar los cubiertos de plata respondió las últimas palabras que le oí pronunciar La culpa la tienes tú por ser honorable.

INSTITUCIÓN GRAN DUQUE DE ALBA

El presente documento tiene como objetivo principal...



El presente documento tiene como objetivo principal...

LA INFIDELIDAD

El bosque de verdad lo hermoso que era. Allá iban las coronillas de los árboles, simulando husmear el cielo, y aquí, nosotros dos, sentados en el banco de piedra, pequeños, más pequeños aún porque algo nos pesaba y teníamos la espalda recta.

Y el qué nos añadía peso, pensaba, que fue lo primero que pensé. El verano, irremisible ya. La gente más o menos magníficamente vulgar, que daba vueltas con una soberbia indiferencia. La tarde, que era como un desierto que habría que atravesar por las buenas o no, la comida si es que estuvo salada, la ciudad, perfumada de provincia, escapando apenas de este aroma, tan dispuesta en teoría a cualquier cosa, tan irremediabilmente condenada a no sacar ninguna flor del tiesto. Luego me di cuenta que él sabía que estábamos, en realidad, a solas los dos. El a mi izquierda, callado, completamente callado, con esa expresión de aburrimiento escrita en cada centímetro de piel y el eco de ese silencio se me ponía en la cara, toda, como si fuera soflama, para ahogarme tal vez. No era, desde luego, sólo que yo tuviera ganas de hablar, sino, más bien, la existencia de otro tiempo para pensar en alguien, en algo, en alguna cosa, ciudad, persona, circunstancia, querida o no. ¿Cómo enterarme? Jamás me lo diría porque nunca me lo dijo. Cuántas veces le insinuaba ese inútil en qué piensas estuviésemos donde estuviéramos y cuántas veces la respuesta era otro silencio nuevo, dentro del silencio anterior.

Así se han ido amontonando los silencios y la única explicación razonable que le doy es que ellos se han comido mis palabras y ha nacido un espacio

en donde él piensa y desea y añora y reflexiona para sí mismo y yo comparto esta infidelidad como el tubo de la pasta de dientes o la centrifugación de la lavadora, el motor del coche y los gastos comunitarios. Técnicamente, quiero decir. Porque también se han ido —devorados, quizá— esos momentos que pretendí resolver con gritos, explicaciones o sexo, y ya es la distancia que empieza, que ha empezado hace siglos, tal vez, y que sólo en un instante determinado aparece tangible entre los dedos, allí mismo, no vestida precisamente de espíritu.

Estoy convencida que es pura infidelidad pero reconozco que no me interesa saber con quién o con qué.

¿Acaso importa?. El caso es que tenemos el tiempo para nosotros, sobre todo para nosotros, según se supone. Tenemos tiempo para hablar, acariciar, investigar, navegar en ese mundo que es el reloj y que, se da por hecho que nos pertenece. Tenemos los amaneceres en donde no está escrito que se debe dormir, tenemos los despertares, que nadie obliga a resolver con cuatro frases educadas, tenemos los mediodías, tenemos las tardes completas y los fines de semana y los días de fiesta y las semanas de vacaciones.

Tenemos, al menos, la posibilidad de compartir la frialdad de los inviernos, la fantasía de las primaveras, el furor de los veranos, que preceden a todas las melancolías otoñales, las reales y las que queramos inventar. Nadie nos podría impedir una sola caricia. Pero no nos solemnos acariciar. Ninguna persona en sus cabales haría que no conversáramos sobre nuestros sentimientos, pero no existe esa conversación. No hay motivos aparentes por los que uno de los dos busque elementos que no se den dentro de casa pero al menos uno de nosotros mezcla un silencio que impone con signos exteriores que calla. Callar, callar, callar... ¿hay un pozo más negro? ¿Hay una lejanía más grande? ¿Hay un miedo mayor que éste?.

Infidelidad, porque a mí me roba lo que no sucede en ese tiempo que todo el mundo imagina mío.

Me escaquea caricias, intimidaciones, información. Está callado aunque esté a mi izquierda, largamente pesaroso, con la cabeza agachada, como un fugitivo interior que no sabe ocultar su fuga. Cansado de su matrimonio, fatigado de tanto mantener derechas las apariencias, pero aplastado por el peso que supone dar cuerpo a un globo hinchado que vuela en otra parte. Pero atado al mismo banco. Sí, eso es, él está en otro sitio, y responde frugalmente, man-

tenemos pequeñas conversaciones funcionales, convencionales, y mezclamos el tiempo, su trabajo, el mío, nuestras familias, los hijos de los otros, los hijos propios —nacidos o no eso tampoco logra ser muy importante— y en estos textos cruelmente lógicos, en ellos crece como seta envenenada un prólogo que se convierte en un libro enorme, inacabable, gordísimo, en donde están registradas todas todas las palabras que no nos dijimos, que no escuchamos, que no utilizamos como un utensilio útil para relacionarnos personalmente y sin esas armas, ay, sin esas armas tenemos como si dijésemos la comida pero apenas hemos desarrollado el apetito y cuando sí lo tenemos no hay cubiertos y cuando sí los haya faltan los platos. Y sucesivamente.

Veo desde hace años esa infidelidad y me pregunto si es que para andar juntos en la misma casa hay que hacerlo así. Si para mantenerse fieles habría que convivir con las infidelidades, sean las que sean, del tipo que fueran, en el momento que logren surgir. Me pregunto si, por concretar un poco más, el comienzo de un verano puede sobrevivir a una primavera tan gélida, si una primavera fría pudo ser de otra forma después de un invierno envuelto en brumas y esquinzos, si el otoño pasado fue algo más que un cadáver al que no se pudo dar sepultura.

Y, claro, no hay respuesta por ninguna parte, más que ésta: están los castaños de indias absolutamente floreados, están los pinos deshijados por la luz del sol, están unos chopos y álamos ligeros y vistosos y la cursilería de los arbustos recién cortados, rodeados de rosas que no llegarán a mañana.

Luego, aquel jardinero, el del mono verde, con la carretilla para un lado y para otro, con la tierra y la máquina de podar y sus pequeños ojos arrugados por el sol de todos los días y su bonita y simpática sonrisa cuando, de repente, me levanté de allí como si tuviese prisa por recuperar lo que hubiese perdido, no sin preguntarle a él que cómo se llamaba aquel pequeño arbolillo con unas florecitas fucsia que parecían pendientes y él, que no dijo, sonrojándose, más que es el Amor de Hombre.

UN NOMBRE PROPIO

Todas las mañanas y casi temprano, haga el día que haga, la vecina de abajo de María Badulaque canta todo tipo de canciones. Sobre todo, las que ya nadie canta, las perjudicadas por la moda, o las de los niños, porque también estos van quedándose atrás y hay menos y mientras María Badulaque escribe las crónicas de pintura contemporánea ella levanta al nieto y le dice unas cosas preciosas, Ahí viene el enanito, hijo, y ahí se va el enanazo, y luego recoge la ropa del tendedero y con cada pieza surge con fuerza otra melodía y María Badulaque abre timidamente la ventana del cuarto de baño y se traga el café negro y se arrastra por el pasillo de su solitario piso y durante todo el invierno, que se sabe cuando empieza pero jamás si va a terminarse algún día, por ese pasillo va imaginando que mientras la vecina cante con esa voz llena de amor y de afecto regalados y que da igual que truene o se caiga el cielo de lluvia a ella le va a ser más fácil coger la máquina y tomar el folio y decir algo supongamos que de lo que vio el viernes pasado, esas horribles playas marinas y paisajes valencianos, los tópicos enmarcados en haya oscura, con sus precios colgando como las longanizas.

O algún castizo del sur, de los que pintan cuarenta cuadros con encinas o con olivos y se comprende que los vendan, pero es más difícil decir algo de sentimientos y emociones. En cambio, hubiera dicho algo de las Jacqueline de Picasso sin una sola de aquellas canciones, aunque fue mejor escuchándolas. Picasso probablemente no vio jamás a esta mujer tal y como era, necesitó observarla como deseaba que fuese y quizá la obligó a serlo. Ahora la historia

hace todo tipo de consideraciones de algo que a lo mejor él creó con una indifencia normal y corriente.

María Badulaque conoció a su vecina una mañana en un parque con unos pinos desnudos, otros vestidos, y un kiosco de techo metálico recubierto de madera en donde cuando llega el buen tiempo hay música. Iba con un chaquetón de cuadros y el niño se tiraba al suelo y se manchaba y ella le sonreía no sólo con la boca —le faltaban tres dientes— sino con todos los gestos del cuerpo. Creo que somos vecinas, le dijo, y María Badulaque se dio cuenta que su soberbia profesional le había impedido saberlo antes o al mismo tiempo que ella y se sonrojó y le dijo algo al chiquitín y eso sucedió varias veces, cuando una volvía de, sencillamente, pasear y distraer al nieto, y la otra de entregar la crónica en el periodico, orgullosa, caminando aprisa como si hubiese ganado con esto el derecho a dejar atrás a todo el mundo.

La última vez que se encontraron fue después de una formidable jornada de viento y granizo, o fue aguanieve, igual da, el caso es que, inesperadamente las nubes más negras, una vez descargadas del peso que llevaban, dejaron paso a un azul sospechosamente azul y rebaños blancos llegaban y se marchaban y entonces María Badulaque fue a pasear al parque y la vecina, que debía haber salido hacía mucho tiempo a orear al crío, y María Badulaque había escrito algo sobre un colectivo naif en homenaje a una pintora muerta en la mitad de su vida, una pintora tan dulce y colorista como toda pintora naif, una mujer de cuarenta y cinco años que había ido a América en un gesto tardío de curarse y que dejó este mundo en Septiembre.

Pues bien, bajo los intentos desesperados de un sol emergiendo y desapareciendo volvieron a verse y parecía que todo andaba igual, el mal tiempo, las canciones de aquella mañana, mientras atrapaba la ropa en el tendal, mientras le daba el desayuno, mientras María Badulaque daba un manotazo a sus persistentes melancolías, esas nieblas que tanto costaba deshacer, y el recuerdo de su última crónica le envolvía en una nostalgia casi fatigante, cuando la vecina de María Badulaque la miró a los ojos con una sensatez tan grande, con una consideración tan exquisita, comprendiendo sin una sola palabra tantas y tantas cosas de su vida que apenas nadie pudo entender todavía, eliminando los obstáculos para que sobresaliera el puente levadizo de cualquier relacion por imposible, inútil y pequeña que parezca que fue ésta quien se dio cuenta, a su vez, de todo el esfuerzo, cotidiano y arduo, poco ambiguo y muy

expresivo, real y tangible con el que se demostraba a sí misma, y de paso, lo hacía a los demás, al mundo entero si fuese preciso, que tenía también un nombre propio y que las dos — María Badulaque y ella — estaban luchando, igual que la pintora prematuramente muerta, por un nombre propio, cada una desde su situación y su circunstancia y sus posibilidades y que pasase el tiempo que pasara nada ni nadie modificaría ese innato deseo, esa necesidad prioritaria, la vocación personal, la creación intransferible, o sea, lo eterno.

LA ESCRITORA

Elena R. no comprende qué hace la mosca aquella allí, en su melena marrón, volando por encima de la cabeza para situarse más tarde en su rodilla, gorda y redonda, casi inoportuna, emergiendo de una falda arrugada que todavía enconde otra rodilla igual. Después, sin saberlo, suspira.

Cuando suspira, la mosca vuela, un poco más lejos y llega hasta donde está un tarro de miel que mamá jamás permitiría andar donde anda, pero se siente incapaz de llevarlo a la cocina. Y es que le gusta ver la miel cristalizada, ese oro viejo capaz de pegar una casa contra otra casa para tener que llamar luego a la policía para que venga a despegarlas. Por eso la pone enfrente casi todos los días y se imagina cuántas cosas podrían lograrse con este tarro o sino, simplemente, dejarse olvidados sus ojos allí, entre las burbujas y el líquido dorado aparentemente inofensivo.

Cuando deja de pensar en ello, casualmente, se da cuenta que está sola.

Cuando sale mamá sabe que llega la soledad, esté con quien sea, le habla la persona que fuera, juegue a lo que vaya a jugar. Lo aprendió hace siglos, quizá hace un par de años, pero es inútil olvidarlo. Luego recuerda que mamá trabaja y que se trabaja diariamente y que ella ha terminado por hoy en el colegio y que debe estar un buen rato sola. Bueno: están las habitaciones, las plantas, el cuarto de baño, la lavadora, las cosas de la nevera y sus zapatos, que se ha quitado y que no los ve. Pero hay alguien más cuando mamá no ha llegado y es la soledad y ese dato es tan nítido y tan intenso que es mejor llevarse bien con él y dejarle ponerse donde quiere. Total, no va a irse, tam-

poco a quedarse para siempre, sencillamente, va y viene y aunque estén las puertas cerradas, como mamá dice, entra. Viene. Lo sabe. Hasta mamá, a la que no ha dicho ni una palabra, está al tanto. Quizá todo el mundo sabe todas las cosas y es inútil contarlas.

Después de permitirle a la soledad su leve y constante cortejo, reconoce que es mejor no vaya a notar que le tiene miedo y se envalentone y se porte mal con ella, ella, que no ha hecho nada por atraerla, salvo tener una madre que tiene que trabajar mucho para mantenerse las dos y poco más, que ella piense.

Además, hace calor, y si abre las ventanas ni la soledad se irá ni dejará el tiempo del verano que entre algo de frío. Es imposible, porque no hace frío en el verano. Sin embargo... claro, no va a quedarse así, con los calcetines sucios, la miel cristalizada, el pelo suelto, el rumor de una película archiconocida en la pantalla, y un reloj en la muñeca que no quiere volver a mirar. No va a permitir que esa sensación se establezca y piense que está en su derecho y cuando mamá regrese su nostalgia le encoja el corazón. Tiene que hacer algo, alguna cosa, ha de inventarse un juego diferente porque no quiere divertirse propiamente, como antes, en que sí que jugaba, lo que desea es convertir el tiempo que parece que no existe en otra cosa.

Ha de construir con ese rato tan largo mientras mamá está en el periódico una situación para que cuando ese momento pase, no se haya esfumado, porque no desea, evidentemente, perderlo, machacarlo, sino controlarlo. Eh, sí, eso, eso: quiere acorralar esa melancolía y hacer que se convierta en... en..., quiere agarrar sus pensamientos, eso que siente, los suspiros, el desmadejamiento del cuerpo y la lacia de la melena y ese frasco con la miel y el calor, que intenta aniquilarla, en... y, sin querer, tomó el lápiz azul y atrajo hacia sí el cuaderno y se inventó una historia. Necesitaba los materiales adecuados: una mariquita, el gorrión, un patio y el girasol. De repente echó un vistazo a los libros gordos y bien encuadernados de la biblioteca y sospechó que allí no habría estos asuntos, a saber de qué escribirían los mayores.

Catástrofes, seguro. Ah, ella eso sí que no. Tener once años es hacer que todos los cuentos acaben bien, ella nunca escribiría nada que tenga un final horripilante. Ella hace que el girasol diga frases inteligentes y que la mariquita no le arruine las pipas. Ella sabe cómo hacerlo. Además, consigue que aparezca una nube que piensa y que en vez de llover les envíe comida. Ella siente

una soberana indiferencia por las historias de la gente mayor porque no está dispuesta a contar lo que todo el mundo conoce. Lo que ve todo el mundo.

Cuando finaliza tiene sueño y podría dormirse.

Ya ha acabado el cuento y se dispone a estar contenta, porque todos los personajes lo están y les ha sucedido de todo y ya tienen una casa donde vivir y se quieren y tienen mucha comida y no les ha pasado nada cuando llegó el invierno.

Aunque se le ha caído el lápiz azul, continúa con la mano cerrada y se da cuenta perfectamente de lo fantásticamente bien que se encuentra. Y, claro, ya no está sola. Un poco del corazón del girasol y los gusanos y la nube aquella le están acompañando y no ve fácil que dejen de hacerlo. Sí, le ocurrirá como otras veces, son como viejos parientes y amigos que de vez en cuando se verán.

Luego vuelve la mosca a enredarse en su melena marrón y ella, mira tranquilamente la hora que es y sonríe, porque mamá regresará pronto, ya, enseñada, ahora mismo. Entonces le alargará el bloc como quien ha hecho un pastel y mamá, que es tan dulce, tan dulce, posará en él sus ojos brillantes con toda la atención que es capaz. No hay que hacer nada, sino eso, con un escritora.



Institución Gran Duque de Alba

HISTORIA DE CADA COSA

Si Lucía M. A. le perdona a la vida ciertos asuntos es únicamente por que de paso le ha permitido conocer exactamente la hechura de algunos de ellos y porque conserva una versión real de unos cuantos y que sabe con íntima precisión la historia de cada cosa.

¿Qué sería de las cosas si no poseyeran una historia?

¿Qué sentido darle a los abrigos del armario, o incluso a tener armarios, qué hacer con cada libro leído, con los platos y los cuadros y pendientes sin pareja que llegaron desde tan lejos hasta el lóbulo redondido de la oreja? No, definitivamente, decididamente, no tapizará tampoco este año recién llegado el viejo tresillo y sus dos sofás.

Lo decidió en un cafetín en donde esperaba a un hombre con el que ir después al cine. Mirando los secretos inciertos de una taza de té, que hacía un sitio a una rodaja demasiado gruesa de un aromático limón, mareando los granos del azúcar que desaparecía, escuchando las pisadas de la gente cuando se resguarda de la simple violencia de una calle simple, hecha con tiendas y ruedas de coches y piernas de seres humanos caminando aprisa. Como el reloj.

El chaquetón naranja apenas le resguardaba del río, pero le guataba ponerse lo mejor para el trabajo y este color vaya si le favorecía. El cabello blanco flotaba, recién lavado, y volvió la cabeza aguardando a L. mientras continuaba pensando en M.

¿Qué será de mí si arrancan en una tapicería esa tela que compramos juntos y vuelve a casa con otras flores y otros paisajes y se pierde para siem-

pre esa tarde veraniega, soleada y eterna, en que cogimos un autobús nada más que para ir a escogerla los dos?

¿Para qué quiero perder sus rotos y sus descoloridos rincones, los botones sin funda, los remates recosidos y su hondura ilimitada y algo fofa?. ¿Qué encontraré en la estirada tela recién puesta, elegida con prisa, hoy mismo, por ejemplo, después de sorber las últimas gotas y entrando rápidamente en el coche, tan frío, en donde nos hemos dado cuenta de lo fácil que resulta distraerse y no hablar?.

Lucía M.A. recordó, observando las yemas de sus diez dedos, cómo había tocado con ellos el mismo cielo, una vez, aquella vez, y apretó los puños para encerrar si cupiera, la rabia y la insolencia con que se actuaría contra la vida, caso que se pudiera.

El se murió y el escenario ha cambiado elementalmente poco.

Hay otro hombre, las camisas son de otro color, el horario es distinto y el trabajo afortunadamente ajetreado y difícil, lo suficiente como para no pensar demasiado en que un país es la pasión y lejano a él existe otro al que llamó, débilmente, el cariño. Le tengo un gran cariño, repitió, y fue cuando dos lágrimas se le escaparon mejillas abajo, quedándose varadas en la orilla de la mesa, desconcertadas y mansas. Como el dolor.

Pero él, cuánto sentimiento le expresó. Qué tres años y tres meses absolutamente plenos de acontecimientos, enseñanzas, caricias y viajes y descubrimientos. Cuánta prisa por vivir con ella, sólo con ella, nada más que para ella. Ella sabía que esas sensaciones son irrepetibles: como el amor.

Entonces se levantó y algunos hombres la vieron emerger entre sus conversaciones, irrumpiendo con indiferencia entre sus deseos y vanidades y tanto humo. Cuando L. llegó se olvidó de su melancolía. Fue en un cine de barrio y el programa no era enteramente de su gusto. Como la vida.

CALLES Y AMORES

Se supo que, tras aquello, solo podría andar la primavera.

Todo el granizo y su ruidoso cacareo sobre los montones de tierra mojada, toda la nieve y la lluvia racheada, las nubes, todas, las más negras y las más grises y las más veloces y las que prestaban al horizonte los más sombríos presagios y las montañas más coronadas de blanco y los valles bañados de charcos y los árboles que crujían y, al instante, un rayo de un sol que ardía.

Y, enseguida, esa ristra de rebaños oscuros viajando y deshilándose y así, todo el día, acabándose y vuelta a empezar. Pero le dijimos a una señorita sudorosa que preparese dos mesas, que era tarde, pero que queríamos almorzar y ella sin una palabra bajó la cabeza y nos sentamos a comer.

Se trataba tan sólo de unos cuantos amigos y de un domingo más. Ya tardío, vencido del otro lado, las tres, cuando los platos de ensalada con pimientos ponían la nota de color en el mantel blanco. Alrededor había turistas y llegó una muchacha que se había casado con el nieto de un dictador. Ahora picaba lechuga con los dedos junto a un hombre excesivamente hermoso, como ella. Esas historias no formaban parte de las que nos importaban.

Después se sentó un actor.

Saludó a una de mis amigas. Tampoco teníamos edad de interesarnos mucho estas cosas. En cuanto nos trajeron las alubias y los escuálidos trigueros arreció la lluvia y ya habíamos convertido las cuatro esquinas y los vasos de vino en un improvisado hogar, y aquella luz pobre que atravesaba los cristales

de las ventanas en un falso invierno, en su apoteósico final, pero por si acaso metimos las cucharas en los platos y untamos el alma en el confort humilde de la comida caliente. Luego, Umberto dijo que Madrid le resultaba muy provinciano.

Pero mucho menos que una provincia de verdad, le contesté.

Porque ellas resultan limitadas y Madrid no los tiene y si me apuras, ni raíces ni tiempo para buscarlas. Guadalupe habló de la luz y los naranjos y las horas muertas del Sur. Porque no has vivido allí, le dije por milésima vez. Con un repentino rencor me vio, y puso mi frase al lado de las otras mil y es que añoraba el sol dorado y constante y el aroma de azahar y le divertía negar que todo lo demás que no es eso pero que es de allí no lo soportaría más que un largo fin de semana. Dijo A mí me encantaría hacer la vida en la calle, como viven ahí, y después empuñó su tenedor y oí cómo Umberto manifestó que Uruguay es la ciudad que más me gusta, no, rectificó, que más amo y tragué un pedacito de pan mientras bolitas de granizo azotaban las aceras y un chico moreno que había en la esquina se empezaba a resistir a manifestarse, observé que siempre solía hacerlo, fumaba, reía, comentaba, pero sin traspasar el escalón en donde una etiquetita invisible decía "personal" y una muchacha de pelo castaño, recién llegada de Holanda, sólo hablaba de Holanda.

Tardaría en aprender también lo que no es Holanda.

Después, Santiago habló de Granada. Allí es donde fue cuando se divorció y al cambiar de trabajo y por lo tanto era como su otra vida, la que había presenciado su resurrección y estaba a un paso de confiarle su futuro o de convertirla en un camino de tránsito.

Sencillamente, la descubría y es quizá el momento cumbre de cualquier relación que se precie. Cuando me di cuenta yo estaba hundiendo la cuchara en unas natillas con canela y fue para decir La ciudad más hermosa es en donde te han querido más... donde haya sido la más querida, queridísima, y entonces nació un silencio, el de las cucharas y otros armatostes y el de la lluvia y las conversaciones ajenas y el de los sentimientos desnudados sin pudor y el de las gargantas cuando se niegan a decir más nada y el de los cuerpos y el de las almas y el de las caricias y el de los abrazos y el de la piel conocida y la desconocida y el de aquel hombre y el de aquella mujer y la madre aquella y aquel padre y el hermano y el de ninguna hermana y ninguna madre y padre alguno y comenzamos a viajar todos, todos por todas las ciudades en donde

vivimos, estuvimos, trabajamos y visitamos y todo el afecto que quien sea descargó —o no— sobre esas almas y esos cuerpos se manifestó por mediación de una memoria aún firme, disciplinada, cruel, si cabe, y cada cual rumió ese secreto y se instaló, con él, de nuevo enfrente de los platos ya casi vacíos en donde iba deshaciéndose un domingo lluvioso.

Unicamente Umberto y sus ojos azules y su voz dijeron Sí, eso es verdad, antes de relajarnos y extender sobre la mesa trivialidades y risas.

Durante el viaje de vuelta el cielo se desprendió de todo el agua que le quedaba y del resto del frío que no quería guardar aquel finalizado invierno y ello azotó al coche y me di cuenta que, tal vez, la naturaleza también sollozaba con violencia porque muchos de nosotros no lograríamos poner fácilmente nombres propios y una calle al amor.



Institución Gran Duque de Alba

INDICE

	<u>Págs.</u>
Tanto o más veloz que el viento.....	11
El hombre inadecuado	15
Algo más sobre los hombres vulgares	19
El viaje.....	23
Playa de Pedreña.....	25
El hilo de plata.....	29
Los analfabetos.....	33
El horrendo frío de los pobres en invierno.....	37
¿Y la felicidad?	41
El hombre pacífico.....	47
Hermosa Humbelina.....	51
El palacio que tenía un pueblo.....	55
El martes.....	57
La ciudad indigna, el hombre honorable y su familia.....	61
La infidelidad.....	63
Un nombre propio.....	67
La escritora	71
Historia de cada cosa	75
Calles y amores	77

María Francisca RUANO
FERNÁNDEZ-HONTORIA
Madrid 1946

Ha publicado cuentos y
poesía en Revistas Literarias:
Papeles de Son Armadans,
El Urogallo (primera época)
Poesía Hispánica, Insula y
Alor Novísimo. Artículos en
los diarios de Extremadura y
de Avila.

Sus libros CUENTO DE
BADAJOZ, CUENTOS AL
AZAR, y CUENTOS DE
AMOR Y TODO ESO están
publicados en
UNIVERSITAS
EDITORIAL

TITULOS PUBLICADOS

1. **Sangre en la tierra/Paramera**, de Juan García Damas.
2. **Nos dejan solos**, de Gonzalo Jiménez Sánchez.
3. **El turno de los malditos**, de Guillermo Blázquez Bestard.
4. **Amada mía**, de Juan Luis Fuentes Labrador.
5. **Mi cuenta atrás**, de Jesús González Mínguez.
6. **El tiempo de los ecos**, de Carlos Sánchez Pinto.



INSTITUCION GRAN DUQUE DE ALBA
EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE AVILA

Inst. Gra
821